

TESTIMONIOS DE REFUGIADOS ROHINGYAS DE VARIAS GENERACIONES

Descarga de fotografías:

<https://media.msf.org/Share/q3hhug05h74i6b4wk1i2qu587q1i6no2>

Descarga de vídeos completos y transcripciones:

<https://media.msf.org/Share/t34l81x3ht4f72q3s3le100t7pg1m786>

“Anhelo volver a casa”

Tayeba Begum madre de seis hijos, entre ellos dos gemelas de cinco años. Huyó de Myanmar en 2017. Cinco años después, Tayeba anhela volver a casa, pero reconoce que es complicado sin saber si sus derechos estarían garantizados.



Fotografías: MSB134175, MSB134174, MSB134173 y MSB134172

"Mis gemelas tenían solo seis meses cuando escapamos de Myanmar. No podíamos seguir allí cuando empezaron las matanzas. Ya dos años antes de que nos fuéramos, se llevaban a los jóvenes y los torturaban. Cruzamos selvas y caminos embarrados, íbamos empapados. El viaje fue difícil, especialmente con los niños.

Ahora vivimos aquí, en los campos de refugiados. Mis gemelos tienen ya cinco años. Han sido cinco años de vivir en la angustia. Tenemos refugio, pero más allá de eso, no tenemos mucho para nuestros hijos. Dependemos de la ayuda alimentaria. Nos preocupa cómo vestirlos y cómo educarlos. A veces como menos de lo que debería porque quiero vender parte de la comida para comprar algo a mis hijos. Así es como vivimos: alimentados a medias.

Anhelo la paz. Si podemos volver a vivir en paz en Myanmar, volveremos. ¿Por qué no íbamos a volver si se nos hace justicia y se nos da la ciudadanía? ¿No es también nuestra patria? Pero ¿cómo vamos a volver si no se garantizan nuestros derechos? ¿Dónde vamos a vivir? ¿Cómo vamos a volver si nos pueden quitar a nuestros hijos y matarlos? Pueden mantenernos aquí o trasladarnos a otro país, no nos negaremos, pero no volveré a Myanmar sin que se haga justicia".

"Sueño con ser médico, pero no creo que se haga realidad"

Anwar, de 15 años, aún recuerda con claridad su huida de Myanmar hace cinco años. En casa, era un buen estudiante que soñaba con el futuro. Ahora, vive con angustia ante cómo se desarrollará su vida.



Fotografías: MSB134163, MSB134165 y MSB134166

"Tengo 15 años, casi 16. Vivo con mi familia en el campo de refugiados de Jamtoli, en Bangladesh. Recuerdo el momento en que hui de Myanmar. Fue una tarde, cuando El ejército atacó nuestra localidad. Incendiaron nuestras casas. Sobrevivimos, pero muchos familiares y vecinos fueron asesinados. Caminamos y corrimos durante casi 12 días antes de llegar a Bangladesh. Vimos muchos cadáveres por el camino. Estaba estudiando cuando huimos de Myanmar, así que cuando llegué aquí, mi educación se interrumpió. Era un buen estudiante, con buenas notas. Me gusta aprender, pero ahora no puedo estudiar ni conseguir los libros que necesito.

En los campos de refugiados rohingyas solo hay educación primaria, nada más. Nuestra educación está estancada donde la dejamos. La única posibilidad de aprender es cuando los maestros de nuestra comunidad congregan a los niños rohingyas para enseñarles.

Algunos de mis amigos faltan a clase porque tienen la responsabilidad de mantener a sus familias. Lo siento por ellos. Si reciben educación, podrán enseñar a otros. Solo así nuestra comunidad se desarrollará y nuestra generación hará el bien.

Mi sueño era ser médico para ser útil a la comunidad. Desde mi infancia, he visto a los médicos ayudar a la gente y dar lo mejor de sí mismos. Ahora comprendo que ese sueño quizá nunca se haga realidad.

Nuestra vida en el campo no es fácil. El incentivo que gana mi padre no es suficiente para mantener a mi familia. Y a veces, cuando vuelvo de la escuela por la noche, me siento inseguro.

Me gustaría dirigirme a los jóvenes como yo de todo el mundo. Por favor, aprovechen la oportunidad que tienen y aprendan todo lo que puedan. Mis compañeros refugiados rohingyas y yo no tenemos esa oportunidad".

“Me preocupan mis hijos y la construcción de un futuro para ellos”

Nabi Ullah, tiene 25 años. Huyó a Bangladesh con su esposa Nasima Khatun y sus hijos en 2017. No todos los miembros del grupo con el que escaparon sobrevivieron al viaje.



Fotografías: MSB134155, MSB134149 y MSB134150

En Myanmar trabajaba como agricultor. Trabajaba las tierras en las colinas y cultivábamos nuestros propios alimentos.

Llegó el Ejército y quedé inconsciente después de que me torturaran. Masacraron y quemaron a mis vecinos; otros desaparecieron. Prendieron fuego a toda la localidad. Teníamos que escapar. Cogí algunos medicamentos, reuní fuerzas y a mi familia, y nos fuimos.

“En la huida por las colinas, mataron a unas 10 personas del grupo”, dice Nabi. “Mi marido, sus padres y yo sobrevivimos, pero mi familia no lo consiguió”, añade Nasima. “Perdí a mis padres y hermanos”.

Después de cruzar la frontera, Bangladesh nos dio refugio y comida. Luego nos enviaron a estos campos. Echo de menos Myanmar. Tengo un hijo y dos hijas. Mi hijo nació aquí, en el hospital de Médicos Sin Fronteras. Tiene un año y medio. Mis hijas nacieron en Myanmar. Mi mujer está embarazada.

Dependemos de la ayuda alimentaria y nos cuesta pagar otras cosas que necesitamos, como la ropa para los niños. Estamos en una situación desesperada.

Aquí en los campos, son habituales las fiebres, diarreas, dolores de garganta y otras enfermedades. Cuando tengo fiebre, se me hincha la garganta y me cuesta respirar. En una ocasión, me llevaron al hospital de Kutupalong en ambulancia y estuve ingresado tres días porque necesitaba oxígeno.

Me preocupan mis hijos y la construcción de un futuro para ellos. Quiero una educación para ellos. No hay mayor riqueza que la educación. La vida aquí será aún más difícil cuando nuestros hijos crezcan sin educación.

Todos echamos mucho de menos nuestro hogar. Ni siquiera tengo ganas de comer cuando me vienen recuerdos de Myanmar. Queremos volver a casa. Nos ayudaría tanto volver a Myanmar. Solo podremos volver si el Gobierno nos acepta como ciudadanos y nos devuelve nuestras casas, tierras y documentos. Queremos ir al lugar donde se garanticen nuestros derechos.

"Nuestros refugios siguen siendo tan provisionales como cuando llegamos"

La noche antes de que **Hashimullah, 45 años**, escapara de Myanmar, se despertó con el sonido de las balas. A la mañana siguiente, huyó. Cinco años después, desde su cama de hospital en una clínica de MSF en Cox's Bazar, sus vívidos recuerdos de las escenas de su huida le hacen preguntarse si Myanmar será alguna vez lo suficientemente seguro como para volver.



Fotografía: MSB134178

"Llegamos en 2017. Nuestros pueblos ardían uno tras otro. Se lanzaban bombas desde los aviones. Observamos esta situación durante ocho días, esperando que las cosas se calmaran. Pero las cosas solo empeoraron. Una noche, hacia las 4 de la madrugada, cuando todo el mundo dormía, empezaron a llover balas. Todo el mundo estaba asustado.

Por la mañana, vimos cuerpos flotando en los canales. Algunos seguían vivos, pero nadie se acercó a ellos. Los militares se dirigían hacia la zona en la que estábamos escondidos. Todo el mundo temía por su vida y empezó a huir por donde podía. Muchos rohingyas fueron masacrados.

Pero ya antes de 2017, los hombres eran secuestrados, las mujeres violadas y los militares se llevaban nuestro ganado.

La gente envió barcos desde Bangladesh para que cruzáramos. Éramos un grupo numeroso. Muchas personas se ahogaron en el mar de camino a Bangladesh. Yo sobreviví al viaje y

llegué a Shah Porir Dwip [una isla en el lado bangladesí de la frontera]. Desde allí nos llevaron a Teknaf [en Cox's Bazar] en vehículos proporcionados por el Gobierno de Bangladesh y la población local nos dio algo de comida y dinero.

Luego nos trasladamos a Kutupalong, donde nos asignaron diferentes campamentos. Al principio, no teníamos materiales para construir un refugio. Más tarde, el Gobierno nos dio materiales para los refugios.

Ya llevo cinco años aquí. Hace dos años, enfermé. Me sentía mareado y con molestias en el pecho. Perdí el conocimiento y me llevaron al hospital de MSF en Kutupalong. El médico me dijo que había encontrado una obstrucción cardíaca. Me trataron aquí durante 16 días y finalmente mejoré.

Padecemos muchas enfermedades. Nuestros refugios siguen siendo los mismos refugios temporales que cuando llegamos y han sufrido la dureza del clima. Necesitamos más materiales para las casas, pero es difícil encontrarlo con las restricciones de movimiento en los campamentos. Se han levantado vallas y no podemos movernos como antes.

Algunos trabajábamos como pescadores en Myanmar, y otros eran agricultores. Hemos escapado aquí, pero nuestros corazones siguen allí, en casa. Yo vivía en la orilla del río. Me ganaba la vida decentemente porque mi negocio era la venta de redes de pesca y mis hijos pescaban.

Por culpa de los militares no podíamos disfrutar de nuestros ingresos. Si importábamos y registrábamos cinco vacas, teníamos que darles dos. Teníamos que pagar 60.000 kyat (unos 30 euros) a los militares si nuestras hijas iban a casarse. Si alguien deseaba construir una casa, tenía que pagar 500.000 kyat (alrededor de 235 euros) para pagar un inspector.

Aunque nuestros corazones anhelan volver, ¿cómo podríamos hacerlo si nuestra seguridad no está garantizada? Si el mundo decide que podemos ser repatriados [con seguridad], sólo entonces iremos. Lo único que necesito es el derecho a vivir con dignidad en Myanmar, como hacemos aquí. Millones de rohingyas quieren disfrutar de sus derechos y estar seguros en casa".

"Nos trataron como parias, la privación gradual se convirtió en persecución"

Mohamed Hussein tiene 65 años. Trabajó como funcionario del Ministro del Interior en Myanmar durante más de 38 años. En 1982, se le privó de su nacionalidad por su condición de rohingya. Desde entonces, ha sido testigo de cómo se erosionan sus derechos y libertades.



Fotografías: MSB134152, MSB134158, MSB134159, MSB134161 y MSB134156

"Aprobé el bachillerato en 1973. Incluso tuve un trabajo como empleado del Estado porque, en aquella época, los rohingyas estaban reconocidos por la Constitución. Tras lograr la independencia en 1948, se nos aceptó como ciudadanos. Si padre e hijo habían nacido en Myanmar, ambos podían ser reconocidos como ciudadanos. Las personas de todas las etnias gozaban de los mismos derechos. Nadie era discriminado.

Todo esto cambió en 1978, cuando se realizó el censo de Naga Min, o 'Rey Dragón'. El censo determinó quién era ciudadano de Myanmar y quién de Bangladesh. Muchas personas fueron detenidas por no tener los documentos adecuados. Temiendo por mi vida, hui. Más tarde, Myanmar nos acogió de nuevo. Llegaron a un acuerdo con Bangladesh, y nos prometieron que, si regresábamos, nuestros derechos estarían garantizados. Esta promesa no se cumplió. Las tierras fueron devueltas a sus propietarios, pero nuestros derechos no fueron garantizados. Este fue el comienzo de nuestra opresión. Nos trataron como parias y la privación gradual se convirtió en persecución.

Las autoridades [de Myanmar] nos despojaron de nuestra ciudadanía [en Myanmar]. Con la Ley de Ciudadanía [de 1982], reconocieron categorías de etnia, y se anunciaron porcentajes de cada una. Esta categorización no existía antes. En ese momento, a pesar de que nos quitaron la ciudadanía, los rohingyas seguían siendo aceptados en el país como extranjeros. Las diferentes regiones transmitían las noticias de las comunidades rohingyas. Tras la toma del poder por parte de los militares, se canceló nuestro tiempo de emisión en la radio.

Ya no se nos permitió cursar estudios superiores. Se impusieron restricciones a los viajes y los militares nos acusaron de estar involucrados en el conflicto con los budistas. Se decretó el toque de queda y si se encontraba a alguien visitando otra casa, se le torturaba. Así que empezamos a cerrar la boca cuando ocurría algo en nuestra comunidad.

Todos los años, se daban nuevas órdenes. Los que no cumplían eran arrestados. A pesar de todo, podíamos votar. Elegíamos a los miembros que participaban en las sesiones parlamentarias. Luego, en 2015, nos quitaron incluso el derecho a votar.

Nos sentimos menospreciados y preocupados. En el país donde habían vivido nuestros antepasados, ya no podíamos votar. Se nos hundió el corazón cuando nos llamaron intrusos. El trato injusto llegó a tal punto que tuvimos que huir.

Un jueves por la noche [de 2017], oímos disparos desde el puesto militar cercano a nuestra casa. A la mañana siguiente, oímos que habían matado a algunos rohingyas.

Cuando la gente vio que los militares entraban en nuestra zona, empezaron a huir. Estábamos aterrorizados, los militares estaban deteniendo y matando gente por todas partes. Corriendo por nuestras vidas, llegamos aquí a Bangladesh.

Cuando llegamos aquí, teníamos muchas esperanzas. Pero ahora nos sentimos estancados. La vida se ha vuelto difícil. Ni siquiera puedo visitar a mis hijos. Una de mis hijas vive en Kutupalong. Tardo mucho en llegar a sus refugios cuando intento visitarlas.

Me preocupa nuestro futuro porque nuestros hijos no reciben una educación adecuada. Tanto si se quedan aquí como si vuelven a Myanmar, ¿qué harán sin educación?

Recibo atención médica para mi diabetes e hipertensión en un centro de MSF dentro del campo, pero el tratamiento para mi enfermedad renal no está disponible aquí. No puedo salir para recibirlo, así que espero que esté disponible en los campos.

Ya soy mayor y moriré pronto. Me pregunto si veré mi patria antes de morir. Mi deseo es exhalar mi último aliento en Myanmar. No sé si ese deseo se cumplirá.

Mi corazón anhela nuestra repatriación a Myanmar, con la garantía de que se protegerán nuestros derechos y de que no nos perseguirán más. Me asusta la posibilidad de volver a sufrir persecución en Myanmar. Deberíamos poder estudiar, llevar nuestra vida y movernos como cualquier otro ciudadano del país. Deberíamos poder votar, participar en las elecciones y tener voz en el Parlamento.

Ahora que nos han quitado todos nuestros derechos, no somos más que un cadáver andante. El mundo está hecho para que todos vivan. Hoy, no tenemos un país propio.

Le digo al mundo que somos tan humanos como ustedes. Pedimos al mundo que nos ayude a vivir como tales. Mi deseo es tener derechos y paz".